

EL PICERÍN



Año VI-Núm. 182

VALENCIA

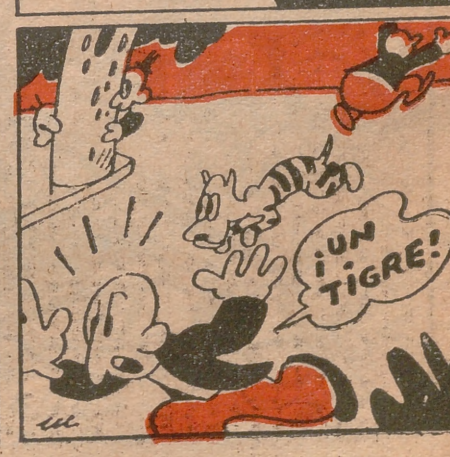
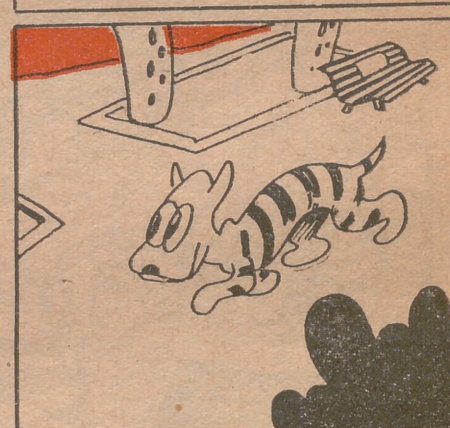
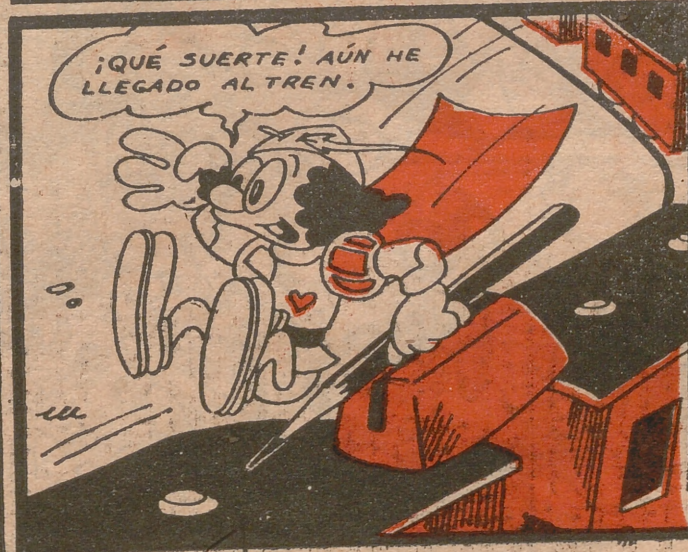
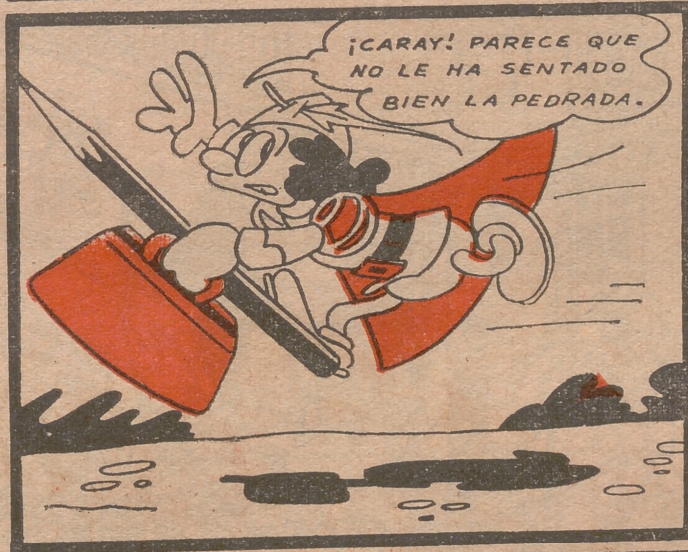
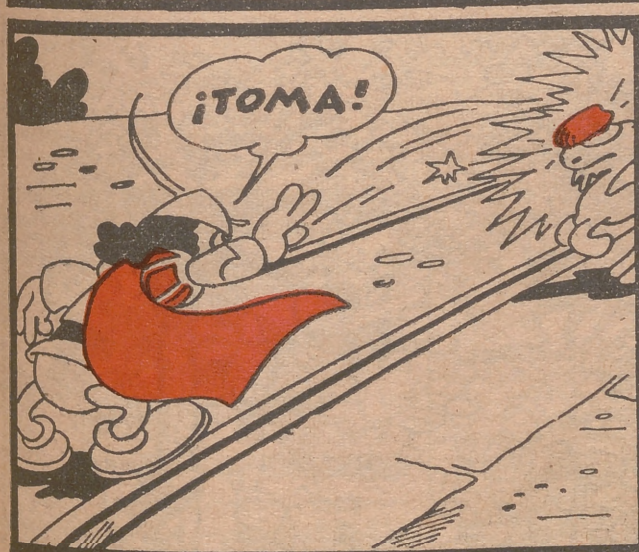
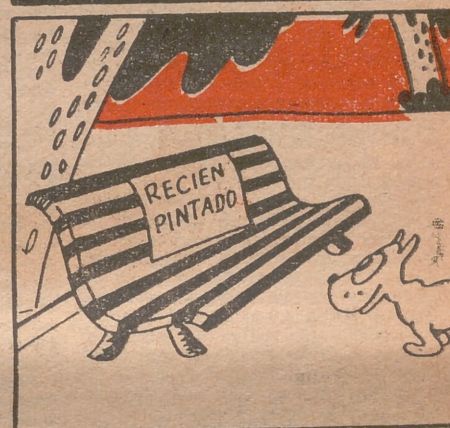
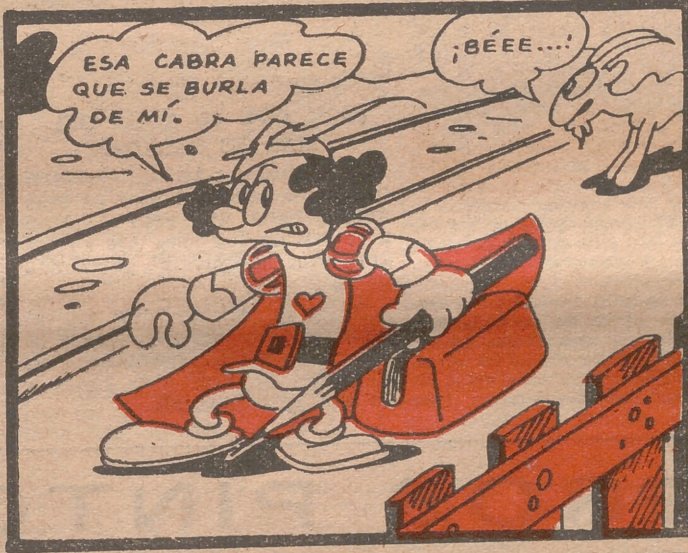
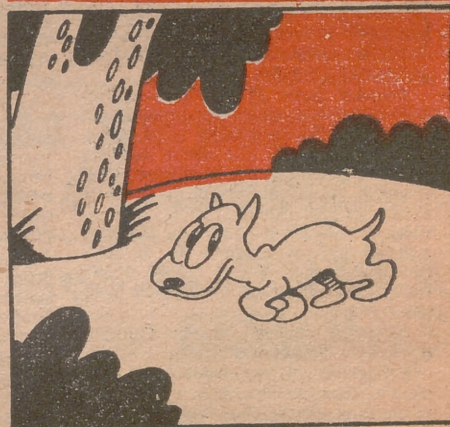
Jueves, 28 de marzo de 1946

SUPLEMENTO INFANTIL DE

Jornada
DIARIO DE LA TARDE

EL PICERÍN PIERDE EL TREN

UN PERRO ¡DE MIEDO!



El fiel servidor del rey

EL CAJON DE LOS RETALES

LEYENDA ORIENTAL

Erase una vez un anciano rey que cayó enfermo. Conociendo que se iba a morir, hizo llamar a Juan, su más fiel servidor, y le dijo:

—Mi fiel Juan: conozco que se acerca mi fin y no quisiera morir sin que me prometieras que serás para mi hijo como un segundo padre.

—Os prometo—respondió Juan—que no le abandonaré jamás y que le serviré fielmente.

—Después de mi muerte—continuó el rey—harás que mi hijo vea todo el palacio; tan solamente te abstendrás de hacerle entrar en la última cámara de la galería grande, donde está el retrato de la princesa de la Cúpula de Oro. Si viera ese cuadro, experimentarí por ella un amor irresistible que le haría correr los más grandes peligros.

Dicho esto, el anciano rey expiró. Transcurrido el tiempo de luto, Juan condujo al nuevo rey por todo el palacio; pero no le enseñó la cámara donde estaba el peligroso retrato.

Pronto notó el rey que el fiel Juan pasaba ante la puerta sin abrirla, y le preguntó el motivo. El servidor dijo que abrir aquella puerta ocasionaría horribles desgracias; pero el joven rey quiso saber lo que había en la habitación y obligó a Juan a abrirla. Apenas vió el retrato de la hermosa princesa, el rey quedó prendado de ella y preguntó de qué país era.

—Es la princesa de la Cúpula de Oro—respondió Juan.

Entonces, el rey manifestó que quería casarse con ella y que era necesario idear una manera para lograr este propósito. El fiel Juan tuvo una idea. Dijo al rey que la princesa estaba rodeada de objetos de oro, que le gustaban en gran manera, y que era necesario fabricar dijes y animales de todas formas de este precioso metal.

El rey mandó comparecer a todos los orifices del país, y éstos trabajaron noche y día hasta que todo estuvo presto. Cuando hubieron cargado todo un barco, Juan vistióse de mercader, y el rey hizo otro tanto; después navegaron hasta la ciudad donde moraba la princesa. El fiel Juan desembarcó solo y dejó al rey en el barco.

—Quizá os traiga la princesa—dijo Juan—. Procurad que todo esté en orden.

Dicho esto se llenó de joyeles de oro y se puso en camino hacia el palacio del rey. Una vez allí enseñó a los guardas los objetos preciosos, y después de decir que

era mercader se hizo conducir a la presencia de la princesa.

Esta quedó admirada al ver aquellos preciosos joyeles, y al saber que Juan no era sino el criado de un rico mercader, el cual tenía en su barco una infinidad de objetos de oro, quiso que se los transportasen todos a su palacio; pero el fiel servidor dijo:

—Sería menester mucho tiempo y mucho sitio para traerlos; no es bastante grande vuestro palacio para contenerlos todos.

Excitada con esto la curiosidad de la princesa, hizo que el fiel Juan la condujese al barco de su amo. Este, al ver llegar a la hermosa princesa, se puso loco de alegría; y después de saludarla la condujo a la cámara y empezó a enseñarle todos los objetos.

Entre tanto, Juan dió orden de levar anclas, y el barco huyó a toda vela. Cuando la princesa, después de haber examinado todos los objetos de oro, subió a cubierta, pensando ir a su palacio, el barco ya estaba en alta mar, y la costa se había perdido de vista.

La princesa, al ver que había sido raptada por el que ella creía un mercader, se lamentó llena de angustia. Entonces, el falso mercader le explicó quién era y le pidió que fuese su esposa a lo que ella accedió.

Un día, mientras navegaban, Juan distinguió tres gaviotas que fueron a colocarse ante él. Como entendía su lenguaje, prestó oído y oyó que decían:

—Bueno; se lleva a la princesa.

—Sí—respondió la segunda—; pero aún no la tiene, pues cuando desembarquen presentarán al rey un caballo rojo, y si lo monta desaparecerá para siempre. Para salvarlo es necesario que una persona mate al caballo; pero si alguien lo hiciese y después lo dijese, quedaría convertido en piedra desde los pies a las rodillas.

—Yo aún sé más—dijo la primera—. Aun suponiendo que maten al caballo, no queda salvado, pues le presentarán una camisa quemada hasta la médula de los huesos. Para salvarle la vida es menester que alguien arroje la camisa al fuego; pero el que lo hiciese y lo dijera, quedaría transformado en piedra desde las rodillas al corazón.

—Aún sé más yo—dijo la tercera—. Si antes de la boda hay baile y la princesa danza en él, caerá desmayada y morirá si alguien no le chupa tres gotas de sangre del hombro derecho. Pero

si el que realiza esto lo dijese, quedaría convertido en piedra de los pies a la cabeza.

Y dicho esto, las gaviotas volaron. Todo sucedió como éstas habían dicho; y el fiel Juan salvó las tres veces a sus amos. Pero el rey, indignado de su misterioso proceder, lo condenó a muerte.

Antes de morir, el fiel Juan explicó la conversación oída a las gaviotas, y cuando el rey, conmovido por su abnegación, fué a estrecharlo entre sus brazos, no encontró sino una estatua de piedra. Esta estatua fué conducida al palacio, donde fué admirada la fidelidad de Juan.

CURIOSA AUSENCIA DE MEMORIA

En la clase de una escuela de Primera Enseñanza, Ramoncito, un niño de seis años, debe alinear en su pizarra las veinte primeras cifras.

Lo hace sin equivocarse hasta 10, pero entonces salta el número 11, y luego sigue sin equivocaciones hasta 20.

Cuando la maestra se da cuenta del olvido del niño, le pregunta:

—¿Por qué te has saltado el 11? Y Ramoncito contesta en seguida: —Porque no me acordaba en qué lado se había de colocar el segundo 1.

PREFERENCIA

Los papás de Pepito esperaban un hijo.

—Dime, Pepito—preguntó el papá—, ¿qué prefieres: un hermanito o una hermanita?

—¡Oh, papá!—respondió el niño—Si a mamá le fuese igual, preferiría un caballo mecánico.

¿POR QUE EL AGUA DEL MAR ES SALADA?

Los libros clásicos explican que si el agua del mar es más salada cada día, esto se debe al agua de los ríos, los cuales arrastran pequeñas partículas de sal.

Bajo la acción del sol el agua se evapora, pero como la sal no es volátil, permanece en el fondo del mar y se junta a la que ya estaba allí.

Actualmente, existen dos mil especies conocidas de hormigas.

Los peces oyen gracias a la transmisión del movimiento en el agua; es decir, a las ondas marinas. Y para subir o bajar en el agua, poseen una vesícula, que llenan de aire o la vacían a voluntad, y que hace las veces de flotador de precisión maravillosa.

Los primeros viajeros que han llegado a regiones desconocidas en que el hombre no había puesto nunca el pie, refieren unánimemente que todos los animales, así mamíferos como anfibios y pájaros, lejos de huir acudían a contemplarles con ademán de curiosidad benévola, a cuya demostración de paz aquellos respondían a tirs, con ferocidad bien poco humana.

Entre los volátiles que prestan mayores servicios al hombre, han de contarse las aves marinas que habitan las regiones árticas, ya que sus huevos son, para los indígenas de estas desoladas tierras y los pescadores de ballenas que las visitan durante el verano, un alimento de gran utilidad.

LOS GORDOS Y LOS FLACOS

Los médicos aseguran muy seriamente que los delgados viven más tiempo que los gordos; pero estos últimos gozan de mejor reputación.

Un médico japonés, el doctor Takamatzu, jefe del servicio medicinal de una de las prisiones de Tokio, afirma que la mayoría de los criminales son cometidos por personas delgadas. Los hombres gruesos—al menos en el Japón—, no acostumbra a ser criminales.

PUBLICIDAD

En un diario de Middle-Wets (América), no lejos de Chicago, apareció recientemente, bajo la firma de su redactor jefe, un artículo que terminaba así:

«El martes por la mañana, uno de nuestros suscriptores que vino a nuestra Administración para satisfacer su recibo, entró en conversación con nuestro redactor agrícola, M. Ho'field, y le dijo que una abundante lluvia sería muy provechosa para su granja.

Nosotros no le prometimos nada; pero aquella misma noche, una copiosa lluvia vino a refrescar la tierra de nuestra región. Sería inmodestia asegurar en nuestras columnas que existe una relación directa entre los dos hechos citados; sin embargo, nuestros lectores reconocerán una cierta coincidencia debida a la influencia poderosa de nuestro periódico».

HIGIENE

En los tranvías de Leipzig, como antes en Barcelona, los cobradores llevan una esponja mojada para hu-

medecerse los dedos antes de cortar los billetes.

Un viajero se asombra de esto y pregunta al empleado la razón de llevar esponjas.

—Es por higiene—responde el empleado, atento—. Usted comprenda que de no llevar las esponjas, tendríamos que mojar los dedos con saliva.

—Es verdad—añade el viajero—. Pero cuando hace calor, la esponja debe secarse. ¿Qué hacen entonces? —¡Oh!—dice el otro—. Cuando esto sucede, escupimos en la esponja.

ARTURO ES UN PRESICO

Arturito acaba de cumplir sus 6 años, y está dándole los últimos bocados a una exquisita tostada con manteca y pan que la nurse le ha regalado.

Arturito, con aires de malhechor, va dejando la corteza y no sabe dónde dejarla. Su papá le sorprende y le reprime, le amonesta:

—Cuando yo tenía tu edad, me acostumbré a comer la corteza con más gusto que la miga.

—Como ya lo sabía, por eso te la he guardado, papá.

LA PROFUNDIDAD DE LOS MARES

Más de la mitad de la superficie terrestre es cubierta por una capa de agua de 3.700 metros de espesor. Once millones de kilómetros cuadrados se encuentran bajo una masa líquida de nueve kilómetros de altura. La mayor profundidad se halla en los alrededores de la isla Guam, en el Pacífico, cuyo fondo está a 10.296 metros y donde el agua tiene una presión de cuatro toneladas y media por pulgada cuadrada.

COSAS DE NIÑOS

La hermanita de Pablo pregunta a éste si los carboneros se lavan. Este contesta:

—¡Ya lo creo! Pero lo hacen con jabón negro para que no se note.

UN INVENTO ORIGINAL

M. H. Adler, que reside en Londres, acaba de inventar una máquina... de seguridad.

La persona que la agarra sin ser su legítimo dueño y, por tanto, no conoce el secreto, involuntariamente pone en movimiento un ingenioso mecanismo de relojería, que hace sonar fuertemente una sirena.

EL COLMO

En una pequeña ciudad del Estado de Indiana, se organizó un concurso «Charlie Chaplin» ofreciéndose cinco premios a los que mejor imitasen el popular actor cinematográfico.

Al saber la noticia, el auténtico Charlot se presentó en la ciudad y tomó parte en el concurso. Y... lo gracioso fué que se llevó el segundo premio.

CUADROS PINTORESOSCOS



Se ha desfrenado un automóvil

Colaboración INFANTIL



Amparo Descalzo Calvo
12 años.—Benimámet



María Paz Gabaldón Moya
Amigueta núm. 184.—Valencia



Miguel Mínguez.—14 años
Grao (Valencia)



Vicente Alandes
10 años.—Valencia



F. Sanchis.—14 años
Amigueta núm. 310.—La Cañada



José Martínez
14 años.—Benimámet

COLMOS
—¿Cuál es el colmo de una mujer muy bajita, muy bajita?
—Subirse a una silla para limpiar el suelo.
—¿Cuál es el colmo de un miope?
—Ponerse gafas para ver lo que sueña.
—¿Cuál es el colmo de uno muy alto, muy alto?
—Lavarse los pies en enero y constiparse en diciembre.
Asunción Aguado.—12 años



Nieves Guerrero Belda
Amigueta núm. 272.—Valencia

ADIVINANZAS
—¿En qué se parece un toro a otro toro?
—En toro.
—¿En qué se parece un mechero a una silla?
—En nada.
—¿Cuál es el santo más húmedo?
—San Si-meón.

—¿Qué le dijo Napoleón a Robert Taylor?
—Nada, porque no se conocían.
—¿En qué se parece un piano a un cepillo?
El que no lo sepa, que vaya con cuidado, no sea que vaya a comprar un piano y le den un cepillo.
Amparín Higón.—14 años



Leonor Sanjuán
Amigueta número 162.—Valencia

CHISTES
Uno se encuentra a un amigo y le dice a ver si adivina los años que tiene.
El amigo le contesta que 50.
Y al preguntarle el otro cómo lo había adivinado, le contesta que porque tenía un primo que tenía 25 años y estaba medio idiota.

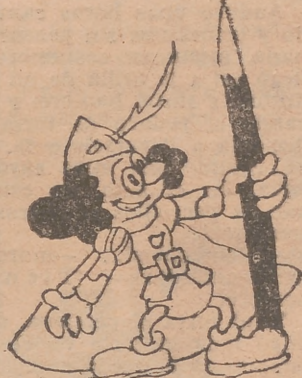
Profesor: —A ver, Pepito: ¿Qué es la meningitis?
Pepito: —Pues... una enfermedad que suele, generalmente, atacar a los pequeños; y el que padece esta enfermedad muere.
Profesor: —Pues yo he tenido esa enfermedad y no me he muerto.
Pepito: —¡Ah! Se me olvidaba: los que no mueren, quedan idiotas.
Pili Aguado.—13 años



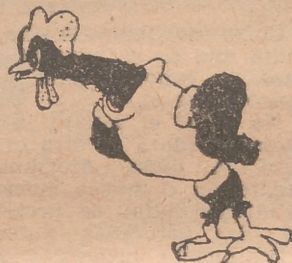
Marinín Sanchis.—10 años
La Cañada.—Amigueta núm. 354



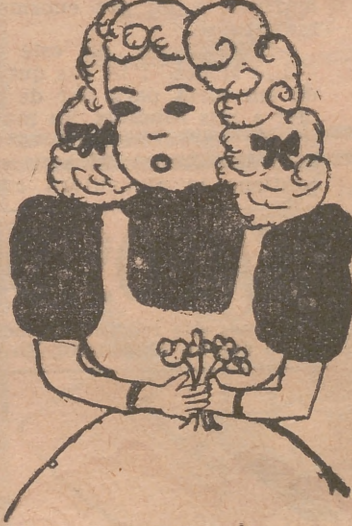
Miguel Mínguez.—14 años
Grao (Valencia)



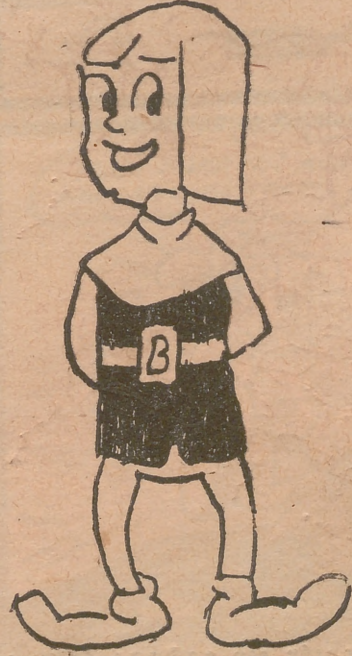
Luis Montañana Ballester
11 años



La Gallina Papanatas
Marinín Sanchis.—10 años
La Cañada.—Amigueta núm. 354



Maruja Descalzo
15 años.—Benimámet



Vicentín Juan López
10 años.—Valencia

ADIVINANZAS
—¿En qué se le parece un albaricoque a un caballo?
—En que los dos tienen hueso.
—¿En qué se le parece el hilo al tren?
—En que los dos pasan por agujas.
—¿En qué se parece el 19 de marzo a un músico?
—En que el día 19 de marzo se plantan fallas y el músico falla.
Guillermo Caballero,
Valencia



MARILO
Carmen Navarro
12 años.—Valencia

CHISTES
El profesor: —A ver, José, si sabes decirme quién fue la reina Cristina de Suecia.
El alumno: —Pues Greta Garbo.
EN EL EXAMEN
—¿Sabe lo que es un cuerpo transparente?
—Sí, señor. Es un cuerpo al través del cual se ve.
—¿Puede citarme uno?
—Pues... una cerradura.
Juanito: ¿quieres decirme qué es una cavato?
—Un hombre que se empeña en vivir pobre para morir rico.
Roberto G. Ménez
14 años.—Grao (Valencia)



José Agustín
13 años.—Valencia



Vicente Alandes
10 años.—Valencia

EL PEQUE
Cupón núm. 9
Este cupón deberá acompañar a todo trabajo de colaboración que se nos remita.



Jesús Paniagua
Cabañal (Valencia)



Miguel Gayete.—Valencia
Amigueta núm. 399



Marinín Sanchis.—10 años
La Cañada.—Amigueta núm. 354



Luis Martínez Gil.—12 años
Puerto de Sagunto.—Valencia



Marinín Sanchis.—10 años
La Cañada.—Amigueta núm. 354



Marinín Sanchis.—10 años
La Cañada.—Amigueta núm. 354

LA PRINCESA QUE NO

tenía sentido común

Eranse un rey y una reina que estaban muy tristes porque no tenían hijos. Al fin, un día recibieron una nena preciosa, y fué tal su alegría, que el rey dió un salto tan grande que pegó contra el techo y se hizo un chichón en la cabeza, y la reina enfermó por la sorpresa; pero no tardó en reponerse.

—Es necesario —declaró el soberano— que nuestra hija sea un dechado de perfecciones; vamos a darle por madrina a nuestra vecina y amiga, el hada de las esmeraldas, para que le conceda toda suerte de dones.

Acto seguido envió una importante delegación de ministros para invitar al hada a ser madrina de la princesa.

El hada de las esmeraldas se apresuró a acudir, espléndidamente ataviada y con soberbia corona de brillantes verdes. No obstante tanta elegancia y tanto lujo, y a pesar de venir cómodamente sentada en su carroza de cristal verde, el hada no estaba de muy buen humor.



Echó a correr tan rápida y ligera, que fué imposible darle alcance

—Tengo que irme volando —dijo—, porque una hermana mía, el hada Brillantina, que vive en China, ha perdido su varita mágica, y debo ir a ayudarla en sus pesquisas.

Sin embargo, como quería mucho a sus amigos, los reyes, se dignó amadrinar a la recién nacida; le puso el nombre de Esmeraldina, y acercándose a la cuna, murmuró algunas palabras rápidas. Luego aceptó unos dulces y una copita de jerez y desapareció al vuelo de su tiro de palomas verdes.

Esmeraldina creció en edad, en belleza, en bondad y en gracia. Pero, ¡ay!, no bien pasaron unos años, sus padres observaron con espanto que la princesita era tan atolondrada como bella, tan incongruente como graciosa, tan absurda como buena.

Sus ocurrencias tenían asombrada a toda la corte; tan pronto como se le ocurría una cosa, la abandonaba para pensar en otra; y a veces ponía en ejecución los caprichos más extravagantes, sin reparar en las consecuencias.

Sus majestades se desesperaban.

—Esta hija nuestra es tonta —decían—.

Entonces, la nodriza de la princesa, que se hallaba junto a la cuna cuando el hada hizo su visita, se acordó de haberla oído decir:

—«Te doy la belleza, te doy la bondad, te doy la gracia...»

Y algunas cosas más; pero tenía la seguridad completa de no haberla oído decir:

—«Te doy el sentido común».

—¡Pues no busquemos más! —exclamó la reina ante tan grave revelación—. Esmeraldina no es tonta; pero le falta el sentido común.

—Farece mentira —expuso el rey, con irritación— que nuestra amiga se haya olvidado de una cosa tan esencial.

—Acuérdate de que llevaba mucha prisa...

Enviaron una nueva delegación al hada para ver si había manera de arreglar aquello; pero el hada se hallaba en Cochinchina, a donde había sido llamada con urgencia por las sombrereras y sombreros del país, porque desde hacía algún tiempo había una plaga de niños que nacían sin cabeza.

Entonces el rey, desesperado, acudió a un ermitaño amigo suyo, que vivía en el desierto. Este hombre pasaba por ser el más sabio del reino; era tan viejo que nadie sabía su edad; había sido amigo y consejero del padre del rey, de su abuelo, de su bisabuelo, y hasta creo que de su tatarabuelo.

El ermitaño llegó al palacio con un humor de mil diablos.

—Hace apenas cincuenta y seis años —dijo—, tu padre se permitió la libertad de mandarme llamar para resolver no sé qué conflicto de Estado; ahora, tú, vuelves a molestarme. Comprenderás que mis profundas meditaciones no pueden ser interrumpidas tan a menudo. Dime pronto lo que deseas, que no tengo tiempo que perder.

—Gran sabio —dijo humildemente el soberano—, mi hija no tiene sentido común.

¿Qué debo hacer con ella?

El ermitaño miró fijamente a la princesa, acariciándose la barba, que arrastraba por el suelo. Frunció el entrecejo, se llevó el dedo índice a la frente y, al fin, en medio de un silencio respetuoso, dijo con voz fuerte y solemne:

—¡Si no tiene sentido común, que lo busque!

Luego se retiró, dejando a los soberanos y a toda la corte abrumados bajo el peso de tan profunda sentencia.

Pero Esmeraldina estaba tan fresca; hizo una pirueta y declaró riendo a carcajadas:

—Me voy a buscar sentido común.



A la entrada vigilaba un dragón con cabeza de tigre, cuerpo de león, cola de serpiente y que echaba llamas por las narices y la boca

—¿Estás loca? —gritó el rey, escandalizado—. Irás en una carroza de gala, cerrada, y seguida por una escolta de honor; otra que llevará las provisiones de boca; otra que...

Pero Esmeraldina no le oía; cogió un pedazo de torta, se lo metió en el bolsillo, sin duda como demostración de lo previsora que sabía ser, y echó a correr tan rápida y ligera, que fué imposible darle alcance.

Anduvo unas horas cantando y brincando, sin pensar en nada, según su costumbre, y llegó así a la orilla de un río. Entonces sintió hambre, y sacando el pedazo de torta se disponía a llevárselo a la boca, cuando una miga cayó al agua. En el acto, un centenar de pececillos acudieron a comérsela.

—¡Pobrecillos!... —murmuró Esmeraldina—. ¡Tienen hambre!

Y, ni corta ni perezosa, desmigó toda la torta en el río. Cuando no le quedó nada, notó que tenía más hambre que antes, y esto la sorprendió. Pero no se detuvo a reflexionar acerca de este fenómeno, y pensó tan sólo:

—Voy a pasar a la otra orilla.

Como no tenía lancha, se quitó uno de sus zapatitos de raso, lo echó al agua y se sentó sobre él.

No sé si el zapato la hubiese llevado a la otra orilla; pero lo dudo. Afortunadamente, en el mismo momento acudieron miles de pececillos en filas apretadas, rodearon a la inculpa princesita y la bajaron, sin daño alguno, al fondo del agua, donde se encontró ante un palacio de coral. Entró, resuelta, y vió, sobre un trono de perlas y bajo un dosel de encajes de bionda, formado con algas marinas, a un pez enorme y majestuoso.

—Soy el rey de este río —dijo el pez—; te has quedado sin torta para dar de comer a mis súbditos. En muestra de agradecimiento te regalo este frasco. El agua que contiene te alimentará como



Sin embargo, como quería mucho a sus amigos, los reyes, se dignó amadrinar a la recién nacida

si fuera pan o carne; no la desperdicias.

En seguida acudieron los pececillos, la rodearon y la llevaron en vilo hasta la otra orilla.

—Seguramente —pensó Esmeraldina, sacando de su bolsillo el regalo del rey de los pececillos— esta agua estará perfumada. Me voy a echar un poco a ver a qué huele.

Y se echó la mitad del frasco; el agua no oía a nada. Esmeraldina siguió andando unas horas, cuando sintió otra vez apetito. Se disponía a beber lo que quedaba en el frasco, cuando de pronto vió un pajarito que intentaba atrapar unas gotitas de agua depositadas por la lluvia en un hoyito del camino; las gotas desaparecieron absorbidas por la tierra, y Esmeraldina pensó, conmovida:

—¡Pobrecito!... Tien sed y el río está lejos.

Cogió al pajarito y le vació el frasco en el pico. Y cuando el pájaro hubo desaparecido, la princesa notó que su apetito no había disminuido; pero en el frasco no quedaba ni una gota de agua.

Por primera vez en su vida, Esmeraldina se desesperó seriamente, cuando vió llegar una legión de pajarillos que llevaban una miga en el pico. En pocos momentos la princesa tuvo ante sí un montón de migas,

que equivalía a un pan enorme. Se lo comió y siguió andando y cantando.

Llevaba ya tres días y tres noches andando, cuando de pronto se le ocurrió que no sabía siquiera por dónde se hallaba lo que buscaba. Detuvo a una vieja que pasaba, cargada con un haz de leña, y le preguntó, con una graciosa reverencia:

—Señora, ¿podría usted indicarme dónde encontraría el sentido común, que me faltaba?

—Tengo oído —contestó la vieja— que lo poco que queda en esta tierra se halla en una gruta de aquella montaña, guardada por el dragón de fuego.

Esmeraldina tomó la dirección indicada y llegó, en efecto, a la famosa gruta. A la entrada vigilaba un dragón con cabeza de tigre, cuerpo de león, cola de serpiente y que echaba llamas por las narices y la boca.

La princesita estaba un poco asustada; de pronto notó que el dragón lanzaba un rugido de dolor y se revolvió por el suelo; se le había hincado una astilla en una pata.

Si Esmeraldina hubiese tenido sentido común, hubiese pensado que un dragón es un bichillo un tanto peligroso, aun cuando le duela una pata; pero como no tenía miedo, se acercó tranquilamente, y con mil precauciones para no hacerle daño, le quitó la astilla. En el mismo momento el dragón se abrió una boca enorme, lanzó un torrente de llamas y se transformó en un hermoso príncipe.

—Hace más de mil años —dijo— ofendí a una mala bruja que, para vengarse, me convirtió en dragón, me dió la guardia de la gruta y me condenó a permanecer aquí, bajo esta horrible forma, hasta el día en que alguien viniese a buscarte de lo que guardaba. Hasta ahora no había venido nadie...

—Entonces —preguntó la pobre Esmeraldina—, ¿todo el mundo posee bastante sentido común?

—No; pero todo el mundo cree poseerlo; el resultado es el mismo.

—¿Me vas a dar a mí un poco? —tornó a preguntar la princesita.

—Mira —dijo él—, ahí está en la gruta; pero si te he de decir la verdad, aunque abulta poco, pesa un horror. ¿Para qué quieres cargarte con tanto peso? ¿Qué falta hace el sentido común cuando se tiene un corazón como el tuyo? Cástate conmigo y ya verás qué felices somos.

Esmeraldina no se detuvo a reflexionar, naturalmente; aceptó la proposición, encantada, y los dos volvieron al palacio riendo y cantando. Se casaron y fueron, efectivamente, muy dichosos.

El sentido común sigue en la gruta; ya no le guarda ningún dragón, y, sin embargo, no he oído jamás que nadie haya vuelto a buscarlo. Magda DONATO

TIEMPOS DE CABALLERÍA

Tomamos este relato nada menos que de nuestro Romancero. En dos oportunos transcribirlo. Se refiere a

don Manuel Ponce de León, que llena con sus proezas las crónicas de la conquista de Granada. He aquí el suceso:

En la rigida corte de los Reyes Católicos hallase Ponce de León. Todavía no se ha dado a conocer como caudillo ilustre ni héroe nacional. Un día, en unión de varias damas de la reina y algunos caballeros, va a ver unos leones que están en uno de los patios más seguros del palacio. Todos admiran la ferocidad de las nobles bestias cuando a una de las mujeres se le ocurre una idea diabólica: deja caer un guante en medio de las fieras, y con horrible coquetería pregunta si hay algún atrevido que tenga el suficiente valor para bajar a recogerlo. Los hombres se miran, palidecen y ninguno se decide.

Entonces, Ponce de León se adelanta. Hace abrir la puerta, se planta en medio del patio de los leones y recobra el guante, sin que ninguna de las fieras haga intención de acometerle. Un marmullo de admiración celebra la inusitada proeza del héroe, que vuelve con sus amigos, y después de entregar la prenda a su desdichada dueña, le da una sonora bofetada para que nunca vuelva a comprometer a hombres de honor, exigiéndoles sacrificios que no deban realizar.

Y la rica hembra, así castigada, la dulce y bella coqueta así retada públicamente, rompe a llorar y expresa delante de todos su ardiente anhelo de ser esposa de un hombre como Ponce de León capaz de jugar la vida por su dama.

No dice el Romancero lo que hizo el futuro campeón de la Santa Cruz,